

LA LECTURA, UN PLACER SENSUAL

Aura López

A partir del momento en que se inicia el proceso de lectura, aflora para el niño o para el adulto analfabeta, la maravillosa posibilidad de estar en el centro del mundo; pero esa experiencia no puede detenerse ahí, es necesario cultivarla como una actividad cotidiana y gratificante.

La lectura es ante todo un placer erótico, donde convergen para el disfrute todos los sentidos. Su ejercicio es la forma por excelencia de la riqueza intelectual y constituye parte sustancial de nuestra vida. Requiere para su plenitud la persistencia y en gran medida el contacto desde la niñez, pero sería un error descartarla porque no se dio más temprano en la vida. No puede haber límite de edad cuando se trata de propiciar encuentros que han de transformar nuestra mirada, nuestro mundo individual.

Es allí entonces donde se sitúa la emoción como instrumento imprescindible para la aproximación al libro: a la novela, a la poesía, pero también a la filosofía, a la política, a la biología, a lo científico.

En el centro de éste afán, surge la biblioteca como único medio, para muchos, de establecer entre libro y lector una relación estrecha y emocionante, de ahí que resulte impensable un bibliotecario que no sienta para sí la necesidad de la lectura y la comunique desde su condición de lector apasionado, para formar otro lector apasionado.

Uno de los recuerdos más nítidos de la infancia y tal vez el más impregnado de aquella magia, de aquel velo de ensoñación, que generalmente envuelve la memoria de los primeros años, es el día en el cual, después de haber intentado durante meses emitir sonidos incomprensibles y dibujar en el tablero o en el cuaderno o en la pizarra esos extraños signos que la mano lenta y torpe va formando con rectas y con curvas, los ojos asombrados descubren que aquellos sonidos y estas líneas se corresponden, se convierten de repente, no se sabe cómo, en palabras escritas que los dientes apretados y los labios tensos van traduciendo, accionados por el impulso maravilloso de la voz que repite

milagrosamente “papá”, “mamá”, “casa”, “mesa”. A partir de ese momento, el mundo intelectual de la persona padece un ensanchamiento: se amplía y se enriquece, y lo que hasta entonces era apenas un espacio reducido a las posibilidades de la conversación, queda tocado por aquel milagro. La lectura y la escritura situarán, de ahí en adelante, al individuo que las asuma, en el centro del mundo. Ese día afloran para él maravillosas posibilidades, sólo que por circunstancias sociales de diversa índole, a muchos les serán negadas posteriormente las opciones derivadas de aquel conocimiento. Pero aún así, ese seguirá siendo el momento de su inserción cultural en el mundo; sin esa inserción la vida estará marcada por una carencia semejante a un hueco oscuro, abismal, una mutilación irreparable, que hará que la persona viva su existencia signada por el INRI afrentoso del analfabetismo. Será eso: un analfabeta, un NN intelectual, como si su territorio particular estuviese conformado por una extensa zona desértica en la cual no se dio ninguna forma de vida.

Algunos piensan que por el hecho de enseñarle a un niño o a un adulto iletrado las consonantes y las vocales y lograr que las una en sílabas y que convierta esas sílabas en palabras y capacitarlo para que escriba su nombre y su apellido, se ha cumplido una tarea de alfabetización. Pero la alfabetización no tiene sentido si no se erige en plataforma para la lectura, sino constituye una puerta a través de la cual el alfabetizado encuentre los caminos de la instrucción y de la educación. Se presenta con frecuencia el caso de personas que aprendieron a leer y a escribir y que muy pronto olvidaron ambos mecanismos porque pasado el proceso del aprendizaje no se dio el acceso al libro, ni como entretenimiento, ni como texto de estudio, ni siquiera como una forma primaria de simple ejercicio gramatical. Hay numerosos casos, tal vez menos dramáticos pero también preocupantes, de personas que han hecho estudios de primaria o bachillerato y aún una carrera universitaria o algún tipo de capacitación que les permite el acceso a diversas ocupaciones u oficios, cuyo contacto con el libro se limita, si acaso, a los textos necesarios para cumplir con las exigencias del p^énsum respectivo. Fuera de ese contacto, no se da en sus vidas una relación con la lectura, no ya como ejercicio cotidiano, que sería lo ideal, pero ni siquiera como un acto de cierta frecuencia que les permitiera colmar, al menos en forma parcial, esa necesidad que consciente o inconscientemente palpita en el fondo de todo ser humano. Se da entonces, por la carencia del hábito de la lectura, otra forma de analfabetismo que conduce a la ignorancia y a la mediocridad.

¿Qué significa entonces leer? Reconozcamos, en principio, que en todo caso, es algo más que hojear un periódico o una revista y algo más, mucho más que la simple obligación con el texto profesional o que el encuentro ocasional con el libro de vacaciones o con el “best seller” del momento. Porque la lectura es ante todo un acto que por sus características de fruición, sensualidad, delicia y regocijo, constituye un placer erótico, es decir, un placer donde convergen, para el disfrute, todos los sentidos. El placer de deleitarnos en la palabra escrita desde nuestra mirada interior, desde nuestro silencio, de tal modo que el texto desate en nosotros todas aquellas posibilidades que nos permitan ampliar y recrear el mundo que nos rodea, más allá de sus referencias inmediatas. No se

puede dar completa ninguna forma de riqueza intelectual, si la lectura no constituye parte sustancial de nuestra vida cotidiana, si no se ha convertido no solo en placer sino en necesidad permanente. Como todo placer auténtico, el de la lectura no se agota en sí mismo, no se extingue en el mecanismo de su goce circunstancial, sino que se prolonga en la memoria y en el entendimiento, se queda en nosotros como una sustancia de la sangre; es un placer con el cual seguimos conviviendo, así haya transcurrido mucho tiempo desde el instante de su goce inicial y nos hayamos separado físicamente del libro objeto de ese placer. Pero es también un placer que exige la continuidad: no le basta un libro, ni un sólo género, ni se contenta con encuentros ocasionales, aislados. Requiere para su plenitud, la persistencia. Y quien se sumerge en el encanto de esa persistencia, ya no querrá salir de ahí porque cada experiencia placentera será un paso que nos hace desear nuevas experiencias y que nos abre nuevas puertas. Y nuevas miradas. Y siempre, una posibilidad nueva de más placer. La lectura es un ejercicio progresivo que se amplía y se enriquece en el camino de su práctica.

El tipo de lector apasionado, aquel que cree que se moriría si faltaran los libros a su alrededor, se forma generalmente desde la infancia. Corresponde con frecuencia a un niño o una niña con cierta madurez en sus gestos y en su conducta; el niño que anda por ahí, con su libro en la mano, que adora que le lean cuentos por la noche y que atesora los pocos o muchos libros de su propiedad con la misma fruición con la que atesora sus juguetes. No necesariamente el niño lector se mueve en un ambiente familiar propicio a la literatura; su amor por los libros bien puede coincidir con unos padres que no han demostrado interés en leer o con hermanos o hermanas que no llegaron ni siquiera a ser lectores mediocres en la edad adulta; o con un hogar donde no hubo biblioteca. Identificar la esencia de esa predisposición apasionada por la lectura, su fuente originaria en determinados seres humanos, no es cosa fácil. Habría que buscar en cada biografía personal, escarbar en las secretas vivencias de la infancia o de la adolescencia, desentrañar encuentros, experiencias, sueños. Gladys, una niña de siete años, hija de campesinos, que vive en la vereda Guamito en El Peñol, al oriente de Medellín, y que hace actualmente su primer año de escuela rural, aprendió a los seis años las letras con su hermana mayor y cuando llegó a la escuela ya sabía de memoria la cartilla que su papá le compró y que guarda por las noches debajo de su almohada. Una señora que tiene finca cercana a la casa de Gladys, le ha reglado libros que ésta lee fascinada, de corrido, pronunciando con una voz muy bella cada palabra y haciendo correctamente las puntuaciones. Y cuando va de visita donde su abuela, que vive en El Chilco, otra vereda distante, empaca junto con la ropa, sus libros. Y dice que cuando sea grande piensa leer todos los libros que haya en el mundo. Si Gladys encuentra en el futuro buenas bibliotecas escolares, maestros que a su vez amen la lectura, ediciones populares de libros propiciadas por un Estado que considere la lectura como factor primordial de la educación humana, podrá realizar su sueño y leer, al menos, una parte de todos los libros que hay en el mundo. Pero tiene Gladys tal fervor por la lectura, que uno la imagina leyendo aún si esos factores ideales no llegaran a materializarse.

Debe haber muchos recuerdos de adultos en relación con aquello que hizo posible su acceso a la lectura apasionada. Tal vez, para algunos, aquel joven maestro de literatura que en primero de bachillerato llegaba a la clase y saliéndose de las rígidas normas oficiales, leía en voz alta hermosas poesías y recomendaba a sus alumnos copiarlas y aprenderlas de memoria. Y amarlas. O aquel modesto libro, regalo de primera comunión, que tenía un título en grandes letras rojas: "Corazón", y que la niña leía por las noches, conmovida hasta las lágrimas por las desdichadas historias de algunos de los personajes. O aquellos meses de la convalecencia cuando el padre regresaba de alguna de sus ausencias y leía en voz alta, al pie de la cama del niño, ese libro de tapa azul que hablaba de un hombre diminuto, agarrado por los aires al cuello de un gallinazo. O aquel tío un tanto extraño, que escribía versos y les contaba a sus sobrinos historias fantásticas de lugares exóticos. O esa maestra de voz maravillosa y sonrisa inolvidable que leía en clase cuentos para un grupo de niñas fascinadas por la música de sus palabras. ¿Qué momento de aquellos prendió, retoñó en el alma infantil y determinó ese apego a los libros que con el tiempo se convertiría en necesidad, en placer? Claro que uno se pregunta porqué sólo unas personas resultan seducidas por la fascinación de la lectura, si compartieron con otras, en un momento de sus vidas, el mismo maestro, el mismo ambiente familiar, la misma escuela, y una educación común. No es posible una respuesta racional porque estas conductas entran en el terreno de la emoción, un cierto toque inexplicable, fuerzas interiores que no pueden ser descifradas y que escapan a las medidas convencionales que rigen los fenómenos de la personalidad y del temperamento. Sin embargo, sería injusto pensar que sólo es posible acceder al placer de la lectura si se han dado manifestaciones infantiles en tal sentido. Como la lectura es un ejercicio progresivo, resulta



apenas natural que pesen como una carencia los años transcurridos sin el contacto con los libros. Pero sería un error descartar ese contacto porque no se dio más temprano en la vida de una persona. No puede haber un límite de edad cuando se trata de propiciar encuentros que han de transformar nuestra mirada, nuestro mundo individual. No parece tampoco sensato, quedarnos en la idea romántica del niño que nace lector y que gracias a esa especie de soplo milagroso en su infancia, encontrará por sus propios medios el camino de la lectura a lo largo de su existencia. Si la sociedad, a través de la escuela, no hace posibles los instrumentos que le permitan a ese niño una relación abierta y placentera con el libro, muchas vocaciones auténticas quedarán frustradas para siempre, perdidas, y muchas otras ni siquiera alcanzarán a manifestarse, lo que aumentará cada día más, el número de quienes pasan por la vida privados de este deleite, de este placer de la lectura. Y aunque es necesario ocuparnos en forma específica del papel de la escuela y de los peligros que acechan desde distintos ámbitos, y que apagan en el individuo la posibilidad de ser arrastrado por ese placer, digamos que es la emoción el instrumento indispensable, la aproximación imprescindible al libro. Si no se da la emoción, si no es ella la que nos lleva de la mano y nos facilita su acceso, nuestro ejercicio de lectura será una tarea árida y tediosa pues los actos placenteros convertidos en obligación, conducen a la monotonía y al desencanto.

El cuadro de los placeres de la lectura es un cuadro provocativo, incitante: dentro de los géneros de ficción, la novela constituye un caso apasionante. No es, como se piensa a veces, algo que un escritor inventa sin asidero en la realidad. Todo lo contrario: la gran novela del mundo, de todas las épocas, está construida con elementos de ficción, con ingredientes aportados por la imaginación del autor, pero que constituyen el soporte de sus reflexiones acerca de los conflictos, las contradicciones, la grandeza y la miseria de los seres humanos y de su circunstancia. Y aunque la literatura es verbo, esto no significa que se detiene en el ejercicio gratuito de la palabra. Del gran novelista puede decirse que es aquel que utiliza la belleza del lenguaje para bucear en las profundidades de la existencia humana, empezando por su propia existencia, por sus propios e íntimos desgarramientos. Cuando a Gustave Flaubert, para poner un ejemplo famoso, le preguntaban quién era en realidad, de qué modelo personal había tomado él a su Emma, a aquella Madame Bovary de su novela, él contestaba: "Madame Bovary soy yo". Con esto quería significar que, inventada Emma como personaje de su historia, no era sin embargo, una ficción, sino que estaba construida con rasgos humanos, reales, tomados también de los propios conflictos del autor, de sus contradicciones y de sus frustraciones. Porque sólo quien ha vivido, quien ha padecido desgarramientos interiores, puede escribir una novela como Madame Bovary, que no es simplemente la anécdota trágica de una mujer enfrentada a unas circunstancias particulares, sino un gran fresco que muestra en todos sus detalles la turbiedad de una sociedad estrecha y mezquina.

El ejercicio de la lectura va despertando en el lector rechazos, preferencias, calificativos, aquello que toca directamente con el gusto personal; el gusto se va

decantando en el ejercicio mismo de la lectura y mientras más amplio y universal sea el espectro de ese ejercicio, más elementos de juicio y más modelos de comparación tendremos a nuestro alcance y mayores posibilidades de distinguir aquello que posee una calidad y aquello que no constituye un valor literario. El gusto literario no ha de ser, pues, un gesto meramente subjetivo, ni mucho menos irracional. Al educarse en el transcurso de la lectura, va encontrando parámetros en los cuales apoyarse, y que ayudan a un discernimiento, que permiten entonces una calificación y una elección.

En cualquier conversación sobre preferencias literarias se desemboca ineludiblemente en la poesía. ¿Qué sería del mundo, qué sería de nosotros si no existiese la poesía? Tanta aridez espiritual, que acabaríamos perdidos en el abismo de nuestra propia desolación. Y no es que el poeta esté en el mundo para evitarnos dolores, pero sí para reconciliarnos por la belleza y encontrarnos a nosotros mismos en ese desgarramiento que una vez trascendido por el milagro de la poesía, nos ilumina y nos permite sentarnos a la mesa de la ofrenda. La poesía es ante todo un sacudimiento, un rayo que nos parte, un temblor que nos atraviesa. Por eso no se puede aprender ni enseñar, ni se le pueden asignar reglas, ni medirla por el largo o por el ancho, ni calificarla porque rima o porque no rima, o porque lleva o no lleva mayúsculas o comas. Lo único que se puede hacer con la poesía es abandonarnos a ella, dejarnos envolver por su misterio; que nos bañe, que nos redima. Para identificarla, para saber cuándo pasa cerca de nosotros, basta con palparnos: si nos sentimos estremecidos es señal inequívoca de que la hemos encontrado. Quien no haya padecido en su vida el estremecimiento de la poesía, deberá preguntarse entonces cuál es el sentido más hondo de esa vida, y quizás encuentre allá, en el secreto de su sangre, una respuesta salvadora.

El poema, como la música, va entregando cada vez más hondura mientras más lo penetremos, mientras más veces volvamos a él, y como la música, nos regocija hoy aunque lleve siglos de haber sido escrito. El libro de poesía no tiene principio ni fin, y una sola de sus páginas puede constituir un universo. Qué dicha es leer un poema, releerlo, aprenderlo de memoria, llevarlo copiado en el bolsillo, compartirlo en voz alta con los amigos. Más de un lector apasionado dirá que es, el de la poesía, el más refinado de los placeres de la lectura.

Pero hay en la lectura muchos otros placeres, tal vez más sosegados, pero inmensamente gratificantes. Muchas personas, aun aquellas que padecen el amor-pasión por los libros, suponen que debe ser árida la lectura de textos de filosofía, de política, de biología, etc., y que quienes los leen han de ser gentes especializadas, iniciadas. Y se miran esos libros como distantes, y se establece entre ellos una división: de un lado la poesía, de otro lado la ciencia, como si fuesen no solo extrañas, sino enemigas. El libro de estudio resulta también apasionante porque brinda ese otro placer: el del conocimiento, el de saber cosas, el de encontrar respuestas a nuestros interrogantes. Pero aún más, el de interrogarnos también, cada día, sin cesar, a partir de esas mismas respuestas.



En el centro de este afán por convertir la lectura en placer, surge la biblioteca pública como único medio, para muchos, de establecer entre libro y lector una relación que de otra manera no sería posible. Pero no basta, tampoco, la mera existencia de un recinto más o menos adecuado para el servicio de la lectura. Es necesario que en ese recinto la emoción se imponga sobre los datos fríos de una tarjeta de clasificación; que la pasión por la lectura haya contagiado previamente a quienes manejan códigos y claves, títulos e índices. No es posible pensar en un bibliotecario que no sienta para sí mismo la necesidad de la lectura, que no sea un lector apasionado. Sin ese ingrediente de pasión, el salón de una biblioteca puede resultar tan frío como la sala de espera de una clínica y quienes lo frecuenten, encontrarán allí datos o cifras o textos, es cierto, pero estarán privados de esa corriente maravillosa que sólo el libro, considerado como objeto de placer, puede brindar. Aunque en los muros de las bibliotecas se colocan anuncios que dicen "silencio" y aunque es cierto que mientras uno lee no desea ser molestado, resulta hermoso pensar que a veces haya voces en la biblioteca: la voz de quien lee para un grupo de niños o de adultos; la de quien

ha venido a hablar de sus experiencias como escritor o como lector; la voz de quien canta una canción; la voz de quien dice un poema; el sonido de la música, los pasos y los gestos de una danza. Que en lugar de pedir silencio, la biblioteca reclame, en ciertos días, voces. Que se impregne de voces. Al fin y al cabo los libros son el documento escrito de las voces del ser humano. Convertidos en frío objeto de laboratorio, pierden su alma.

Hablando ante personas que de una u otra manera se ocupan del libro, uno no puede evitar lo que seguramente es nuestro sueño común: bibliotecas con alma en todos los rincones de la patria, orientadas por personas que han cambiado la obsesión del fichero por la pasión de la lectura y frecuentadas por hombres y mujeres de todas las edades que han llegado a hacer del libro un objeto amoroso.

El cuadro de los placeres de la lectura es, pues, un cuadro provocativo, incitante, que va desatando en su proceso una deliciosa voracidad. Ser voraces en la lectura: que no haya un libro que no merezca nuestra mirada, nuestra atención, aun en el caso de que decidamos no leerlo. Hacer del libro un objeto que nos acompaña, que nos ilumina. Que sintamos el placer de tocarlo, de hojearlo, de llevarlo a nuestros viajes, a nuestros paseos, como un compañero, como un amigo. A diferencia de otros objetos, el libro no se repite en su acumulación. Nadie puede decir, como podría hacerlo por ejemplo con los zapatos o con las corbatas, que ya tiene suficientes, porque cada libro es único y al acercarse a él, no se está adquiriendo otro libro, sino un libro, es decir, un universo nuevo y autónomo, que se completa a sí mismo, que se debe a sí mismo y que brinda, por lo tanto, una experiencia irrepetible.

Si uno frecuenta la compañía del libro irá entendiendo, paradójicamente, la riqueza de la soledad, cuando ésta se da en la vida como elección íntima, como conquista y como posibilidad de encuentro con nosotros mismos. La lectura es un placer solitario.

Hundirse en ese placer, significa haber salvado del naufragio una parte sustancial de nuestra vida.